



Frente a la **imperiofobia...** y en defensa de la **verdad** **histórica**

La historiadora María Elvira Roca Barea ataca la leyenda negra de España, Roma y Estados Unidos

María Elvira Roca. A la derecha, la portada de su libro.



Poco a poco, sin ruido, un libro ha irrumpido en el panorama de los libros de ensayo rompiendo esquemas. “Imperiofobia y leyenda negra”, de Siruela, prologado por Arcadi Espada, destroza tópicos históricos, desde una perspectiva absolutamente incorrecta para los estereotipos al uso. Su autora, María Elvira Roca Barea, es una historiadora malagueña (innegable, cuando se la oye hablar), madre de dos hijos pequeños, que ha sido profesora en Harvard y ahora presume de ser profesora de instituto en Alhaurín de la Torre. En su obra se atreve a defender sin complejos la existencia de imperios como el romano, el español, el estadounidense. Y presenta una visión de la historia de España, Inquisición incluida, libre del velo de la leyenda negra.



hablar con la autora es como leer el libro. Una sucesión continua de comentarios que contrastan con el sentir y pensar de muchos. Dicho todo con libertad y sin temor de ser tachada por los actuales “intelectuales del régimen”, a los que no pertenece. La autora, sabiendo los riesgos, procura sustentar lo que dice en una buena documentación. Y responde extensamente y con amabilidad cada pregunta. La conversación con ella sobre la historia de España, de Europa, del mundo, se hace corta...

—En su libro cita como imperios que son o han sido víctimas de leyenda negra el español, Rusia, Estados Unidos... ¿Por qué unos imperios sí y otros no?

—Lo primero es definir lo que es imperio. No toda forma de expansión territorial lo es. Cuando hablamos de imperio nos referimos

a que existe, efectivamente, una expansión, primero muy rápido y que luego se debe consolidar, es decir, pasar un periodo largo de estabilidad, prosperidad e integración de razas, pueblos diferentes. Ese periodo largo lleva aparejado casi siempre crecimiento demográfico, desarrollo urbano, mejora de comunicaciones... Los imperios luego suelen sufrir una lenta decadencia y

mueren víctimas de su propia consunción. Nunca, o casi nunca, por efecto de elementos externos.

—Y cuando hay imperios, surge lo que usted llama la “imperiofobia”.

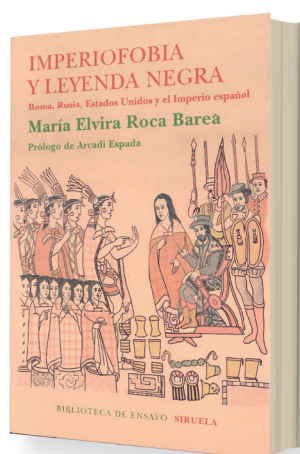
—La imperiofobia es resultado de la colisión de un imperio en expansión con poderes oligárquicos periféricos, que son muy poderosos en sus territorios, y que son los que generan la propaganda.

—Usted no incluye en su concepto de imperio a Inglaterra y Francia, por ejemplo.

—Es que lo que ocurrió con esos países no coincide con el concepto. El imperio napoleónico es una aventura de expansión generacional, vinculado a una figura excepcional, Napoleón, que se consumió en su propia expansión.

El imperio británico duró muy poco: apenas setenta años en su segunda parte. Y en la primera -las colonias americanas-, tuvo muy escasos logros. No se expandió por un territorio muy amplio ni generó un proceso de integración semejante al imperio español o al romano, ni mucho menos.

Insisto: no podemos llamar imperio a cualquier forma de expansión. El colonialismo no es un proceso imperial, es profundamente anti-imperial, en la medida en que se desarrolla distinguiendo entre la metrópoli y las colonias. Los imperios, en cambio, no se expanden así. Son integradores. Roma, por ejemplo, lleva sus instituciones, sus ciuda-



des, su derecho, sus acueductos, allá a donde va. Como España lleva sus instituciones y sus formas de organización territorial, su derecho.

Colonización e imperio

—Una colonización se impone a otros; un imperio convierte en iguales a los otros. ¿Es así?

—Efectivamente. El imperio se consolida porque acierta a integrar las distintas civilizaciones con que se va encontrando. Si no

lo hace, se termina fragmentando rápidamente. Es decir, el “secreto” está en que han acertado a integrar pueblos distintos en un modo de vida común. No cabe duda de que todo proceso de expansión lleva aparejada alguna violencia. Es evidente. Pero nos encontramos, por ejemplo, en el siglo I en la península ibérica, un imperio romano perfectamente consolidado. Los hispanos son romanos. Dieron emperadores. Se integraron, sin sufrir racismo, ni discriminación, ni nada por el estilo.

—Saltando en el tiempo, ¿se podría decir que ocurre lo mismo hoy con Rusia?

—Sí. Por un lado, Rusia es un caso con el que resulta difícil lidiar, porque hay ideologías implicadas. Pero, si nos salimos de los planteamientos derecha-izquierda, uno comprueba que desde el siglo XVII Rusia se comporta de la misma manera: se expande e integra poblaciones. En la Duma (o los distintos parlamentos que ha tenido) siempre ha habido representantes que no son rusos de nacimiento. Ni Stalin, ni Krushev, ni

La autora en la reciente Feria del Libro de Madrid.

UNA PROFESORA DE INSTITUTO QUE DIO CLASE EN HARVARD

María Elvira Roca Barea (El Borge, 1966) estudió Filología Clásica, luego Hispánica, se doctoró con una tesis en literatura medieval, dio clase en Harvard, volvió y ahora es profesora en el instituto público Huerta Alta de Alhaurín de la Torre. Según decía en una entrevista a Antonio Moreno, de www.diocesismalaga.es, “estoy orgullosa de ser profesora de instituto, porque realmente es el trabajo más difícil”. También ha trabajado para el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), y es autora de artículos en libros y revistas especializadas. “Imperiofobia y leyenda negra”, su primera obra dirigida al gran público, ha significado un sorprendente éxito editorial, con sucesivas ediciones vendidas.

En la obra, la autora presenta sus creencias, para que nadie se llame a engaño: “no tengo vínculo de ninguna clase con la Iglesia católica. Pertenezco a una familia de masones y republicanos y no he recibido una educación religiosa formal”. Asegura: “no comparto con el catolicismo muchos



principios morales” (por ejemplo, las bienaventuranzas). Pero valora especialmente dos principios católicos: “que todos los se-

res humanos son hijos de Dios, si lo hubiera (sic), y que están dotados de libre albedrío”.

“tolerar” al que pensaba diferente. Lo que hay que ver es cómo se gestionó la intolerancia religiosa, y entonces te das cuenta de que esta intolerancia en el lado protestante fue más agresiva, virulenta y ajena a todo procedimiento legal que lo que fue en el mundo católico. Sólo las quemas de brujas que se sucedieron en cualquier década, en cualquiera de los territorios alemanes superaron con creces el número de muertos que la Inquisición pudo provocar.

Lo que nos debería llamar la atención es por qué esto se ha estudiado tan mal y hemos vivido tanto tiempo en el campo de la propaganda y de la pseudohistoria. Los archivos inquisitoriales estaban ahí y se podían consultar. Lo hizo Jaime Contreras en los años 70 sobre las causas archivadas por la Inquisición desde 1550 hasta 1700, y resulta que el total son 1.300 muertos. ¡Sólo la noche de San Bartolomé, en Francia, provocó muchos más!

El misterio entonces es: ¿cómo ha llegado la Inquisición a ser lo que es en el imaginario común? Ese es el proceso que hay que estudiar. Un proceso de tergiversación y magnificación que dura cinco siglos, se consolida y se acepta como realidad autoevidente. A día de hoy se siguen repitiendo las cifras demenciales que dieron los propagandistas protestantes. Las repite **Karen Armstrong**, la premio Princesa de Asturias. Inicia su libro sobre la intolerancia religiosa repitiendo la cifra de los trocientos mil muertos de la Inquisición española; y considera que el origen de la intolerancia religiosa es la España de los Reyes Católicos. Y uno se pregunta: ¿por qué no la Alemania luterana? Porque desde el punto de vista de persecuciones destacaron muchísimo más... Pero ni **Armstrong** ha actualizado sus datos ni parece que haya sido capaz de superar determinadas versiones vinculadas a la historia: ella es inglesa, aunque haya sido monja. Los prejuicios permanecen.



Arriba, Vercingétorix rinde las armas ante Julio César (Lionel-Noël Royer, 1899). Abajo, Hernán Cortés llega a México.

Mentalidad ahistórica

—¿Es admisible juzgar con nuestros parámetros actuales hechos de la historia?

—Claro que no: nuestros parámetros morales no pueden valer para hace años; ni los de hace años valen ahora. Eso es producto de la mentalidad ahistórica que se ha ido desarrollando con el tiempo y que lleva, por ejemplo, a algunos, a condenar al Imperio romano porque había esclavos, por ejemplo.

Y no saben que había esclavos antes de los romanos, durante y después de ellos. El fenómeno de la esclavitud no sirve para juzgar moralmente al imperio romano. Y como en esto, tantas otras cosas.

Hablan de que en el pasado había intolerancia... Nuestros parámetros morales actuales, nuestra forma de ver la vida y la sociedad antes era distinta. Tendemos, además, a colocarnos en una posición muy peli-

grosa de superioridad, sin hacer un esfuerzo por comprender las condiciones de vida que hubo en otro tiempo.

Este problema de la aplicación de parámetros morales actuales a otros tiempos no contribuye más que a enturbiar tremendamente nuestra comprensión. Es fruto de una soberbia muy propia de nuestro tiempo, que no tiene ninguna predisposición alguna a juzgar críticamente su realidad.

Nos hemos colocado en la posición de “estamos en el mejor mundo que puede existir y todo lo demás ha sido horroroso” y no miramos a nuestro alrededor para ver las grandes atrocidades que nuestro presente lleva aparejadas: por ejemplo, actuamos como si no existiera el enorme problema del suicidio demográfico que está ocurriendo en Europa occidental, y ni siquiera lo analizamos, estamos encantados de nosotros mismos. ■